

F1233

R 59

U-3



ESTA OBRA ES PROPIEDAD DE SU AUTOR.



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

INTRODUCCION.

Después de dos años de constante lucha y de haber recorrido el ejército francés el territorio mexicano en todas direcciones persiguiendo a los juaristas; tras la abundante sangre vertida y las enormes sumas gastadas por la Francia y por el tesoro de que disponía Maximiliano, era un hecho que en Julio de 1865 las fuerzas de la República aun estaban en pie, representadas en parte por guerrillas más ó menos numerosas y cada día crecían para el ejército expedicionario las dificultades al par que los gastos. Las depredaciones, el desorden y la febril inquietud de la sociedad también aumentaban, y se alejaba la esperanza de alcanzar la anhelada paz que se quería cimentar en el resbaladizo terreno regado con arroyos de sangre humana.

Para poner fin á tan violenta situación, habría necesitado Maximiliano contar con mayores tesoros, con ejércitos tan poderosos que consumaran en breve tiempo inmensas hecatombes, atendiendo á que los republicanos se multiplicaban y brotaban diariamente, cual si salieran del seno de la tierra.

Como remedio supremo de tan angustiosa situación, suponían algunos imperialistas posible retrotraer los acontecimientos y consultar á la voluntad nacional, creyendo poner un valladar á la revolución y salvar los tropiezos que resistían á los otros medios empleados hasta entonces; pero ese remedio, al que se adhirió el mismo Maximiliano en las agonías de su Imperio, tropezó en la práctica con invencibles obstáculos, encontrando opositores en los mismos partidarios de su gobierno, que aseguraban estaba ya basado en la voluntad nacional. Lógica deducción de tanta imposibilidad, era la muerte segura del nuevo Imperio mexicano, falto no solamente de la fuerza física suficiente, sino de la que dimana del espíritu público sostenido con la esperanza de un sólido porvenir, que no podía suponerse sin los constantes refuerzos de tropas europeas.

La prensa liberal que se sujetaba á las leyes imperiales, esto es, la que pasaba por la censura, principalmente la de Puebla, tal vez para herir de flanco al Imperio, estuvo sosteniendo la consulta á la voluntad nacional como único remedio á la lucha tenaz, que contaba ya dos años en la constante persecución á los republicanos. Había que pensar en que la Intervención no podía ser indefinida y que la retirada del ejército expedicionario, exigida á la par por los Estados Unidos y por la situación en que se encontraba la Europa, no podía retardarse.

El gobierno de Washington siguió aglomerando fuerzas en el Estado de Texas, hasta llegar á cien mil el número de soldados allí reunidos, lo que significaba con evidencia, la existencia de ulteriores proyectos que sin duda iban dirigidos contra la Francia.

En este tomo tercero y último, se manifiesta el rápido descenso que siguió el Imperio de Maximiliano, hasta llegar á su completa destrucción sin encontrar medios de evitarla.

Olvidáronse en los momentos angustiosos todas las reclamaciones y los motivos que habían servido de fundamento para combatir al gobierno de Juárez; se olvidó el sistema de gran política basado en el interés de que los Estados Unidos no se ensancharan hacia México y la protección á la raza latina. Entonces, en presencia de la actitud que presentaban los Estados Unidos, resalta la ligereza con que procedió el gobierno de las Tullerías. Nadie volvió á mencionar las acusaciones tan acaloradas hacía dos años, diciéndose que los franceses eran agobiados en México con las mayores injurias, villanías y vejaciones, víctimas de las violencias de todos los partidos y de las arbitrariedades de todos los gobiernos; frases lanzadas por la elocuencia de Mr. Billaut y cuyos ecos aun se percibían en el recinto del cuerpo legislativo francés, al retirarse el ejército que ocupó á México.

Nada encontrará el lector en este tercer tomo, referente á las convenciones en que tan altivo se mostró Mr. de Saligny. El estrépito que produjo la caída del trono de Maximiliano, ahogó el ruido de cualquier otro acontecimiento. Todo había concluido, hasta la suposición de que los mexicanos agradecían la protección de una fuerza extranjera. Dominó completamente la política de la gran República norteamericana. Si el ejército imperialista vino á vengar agravios, tuvo que aplazar su acción para otra oportunidad; si venía á ensanchar la política ambiciosa de Napoleón III, tuvo que manifestar su impotencia para tan gigantesca empresa.

La Francia se vió en la imprescindible condición de retirarse; desventaja que pudo haber evitado dos años antes, si Napoleón III hubiera atendido el parecer de los distinguidos hombres de Estado Thiers y Favre; ahora tenía que salvar su ejército aun abandonando á Maximiliano y á todo el que quisiera apoyar la obra que vino á ejecutar la Intervención.

Las fuerzas que concentraba el gobierno norteamericano en Tóexas eran de mucha importancia; entre Brazos y Brownswille tenía más de treinta mil hombres, y en el interior de aquel Estado setenta mil, lo cual era excesivo, encontrándose Tóexas ya enteramente pacificado. El general Sheridan se presentaba en Brownswille, el 25 de Julio de 1865, con respetables fuerzas de caballería, y situaba en San Antonio de Béjar tres brigadas de la misma arma, con diez mil hombres cada una; el cuerpo de ingenieros se afanaba por adquirir algunos planos de México y aseguraba que era posible pasar artillería de Tampico á San Luis Potosí y de Tula á Ciudad Victoria.

Además de esos movimientos de tropas, cuya significación no podía ocultarse á nadie, crecía la efervescencia respecto á los asuntos de México en los meetings, uno de los cuales, organizado en Nueva York por Mr. Leawit, se tituló «De simpatía á los emigrados mexicanos.» El 4 de Julio, aniversario de la In-

dependencia de los Estados Unidos, se mezcló en los discursos pronunciados la cuestión mexicana tratándola con extremada vehemencia. La Legislatura de Connecticut, la Convención radical de Nueva Jersey y la de alemanes de Indianópolis, adoptaron resoluciones contrarias al reconocimiento del Imperio. Unicamente el *Times*, considerado órgano de Mr. Seward, hacía distinciones respecto á la aplicación de la doctrina de Monroe, y comparaba el Imperio mexicano al del Brasil, con el cual los Estados Unidos cultivaban las más cordiales relaciones. El *Courrier* y la *Crónica* de Nueva York defendían abiertamente la Intervención y el Imperio, y el *Herald*, sin ser partidario invariable, publicó una biografía de Maximiliano encomiándolo.

En medio de las diversas apreciaciones sobre el estado del país y de tantos rumores que circulaban en la prensa, aparecía dominando el sentimiento marcadísimo de dudas y alarmas; recelábase acerca de todo, principalmente respecto á las soluciones hacendarias, pues nadie ignoraba que el porvenir dependía más de las operaciones financieras que de las militares; las conjeturas y las interpretaciones extendíanse cuotidianamente sobre un campo vastísimo, en el que ocupaban lugar preferente los asuntos del Norte, el movimiento revolucionario principalmente en la costa oriental de México, los avances generales de los republicanos y el mal estado del comercio nacional. El recurso de empréstitos extranjeros estaba ya agotado y el Imperio se iba á ver pronto reducido á sus propias fuerzas, y á tener que echar mano de nuevos expedientes. Era un hecho que los gastos necesarios del Estado superaban en mucho á las rentas públicas, y solamente había diversidad de opinion en cuanto al monto probable del déficit anual. El erario necesitaba nuevas y fecundas fuentes de recursos, que no podían encontrarse porque permanecían paralizados por la guerra la producción y el comercio del país.

Los republicanos en México convenían, en que para terminar pronto con la intervención y el Imperio, les era muy necesario el apoyo de los Estados Unidos. La retirada del Presidente Juárez había desalentado á muchos que creían y temían la completa ocupación del país por franceses é imperialistas. Carecían las fuerzas liberales de dinero, y por consiguiente, no podían sostener armados, municionados y equipados grandes cuerpos de ejército.

La política del gobierno de los Estados Unidos, consistió en no hacer la guerra con las armas al Imperio de Maximiliano y en alentar á los que la sostenían, asegurando que nunca tendría el Imperio el apoyo moral de un reconocimiento. Para fortalecer esa política, no solamente fué nombrado un ministro cerca de Juárez, sino que fué escogido para este cargo, uno de los militares que con mayor franqueza publicaron su ardiente deseo de que los Estados Unidos intervinieran directa y activamente en favor de Juárez. Con este motivo dijo el *Evening Post*, que tal nombramiento valía más que un volumen de despachos militares.

El auxilio moral prestado á los republicanos de México, no era una frase vana; su alcance se revelaba ya en empréstitos, ya en las complicaciones sosteni-

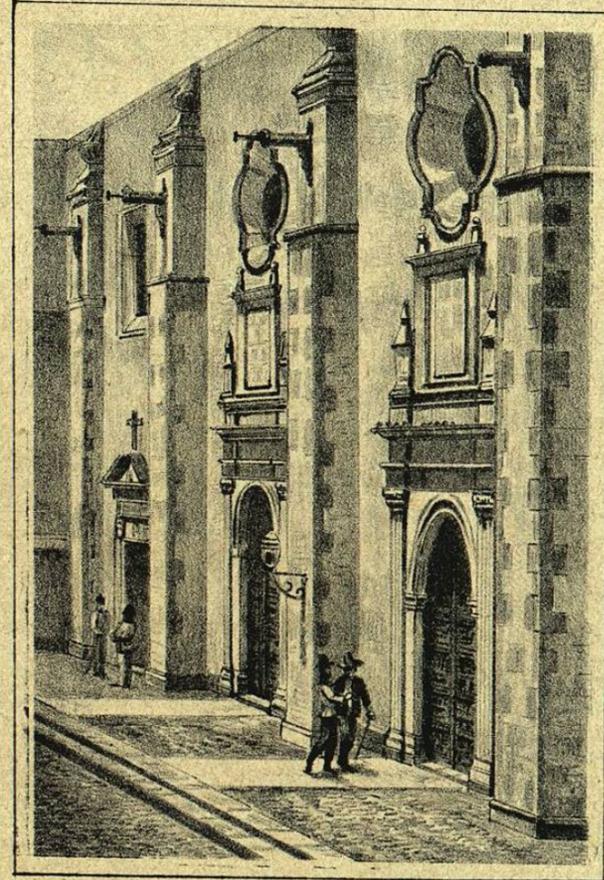
das constantemente en la frontera, y en la significativa actividad que se notó en los círculos militares de aquella Nación, dispuesta á amenazar la frontera del Río Grande. Sintiendo apoyados los agentes y refugiados juaristas, redoblan sus energías; tienen en Washington conferencias con los ministros y aun con el Presidente; el capital americano, remiso al principio, acaba por ofrecer gruesas sumas para compra de vestuario y armas, y aun para reclutar allá soldados. El envío de fuerzas regulares á T́exas, fué motivo para multitud de comentarios, porque manifestaba claramente la actitud del gobierno de Washington respecto á México, y aunque algunos hechos disminuyeron el pánico producido entre los imperialistas mexicanos, continuaron los rumores acerca de preparativos de guerra en la vecina Nación, que no vacilaba en amenazar con su provocativa actitud á la Francia.

Los imperialistas aparentaban creer que el Presidente Johnson no había adoptado definitivamente una línea de conducta en las cuestiones internacionales, particularmente en las que se relacionaban con la doctrina de Monroe, y sus ilusiones llegaron hasta circular en Nueva York una petición, buscando firmas para ella, en la cual solicitaban del Presidente el reconocimiento del Imperio Mexicano, por convenir así á los intereses comerciales norteamericanos. Dióles aliento la actitud que tomó el *Times* de Nueva York, periódico que se supuso inspirado por Mr. Seward; publicó varios comunicados contra la intervención de los Estados Unidos en los asuntos mexicanos, y sostenía que la doctrina Monroe no era aplicable á México, puesto que este país no estaba conquistado por la Francia, sino que por sí mismo había fundado una monarquía, en la que el príncipe elegido era tan americano como el Emperador del Brasil.

Fuó indiscutible que faltaba sinceridad en la política del gobierno norteamericano en cuanto á la neutralidad, y aun cuando no se esperaba una inminente declaración de guerra contra la Francia y el Imperio mexicano, hácia los cuales manifestaba cierta benevolencia, se veía claramente que era imposible extinguir la conflagración cuyos elementos acumulaba aquel gobierno en la frontera con México; decaído el crédito y paralizadas las transacciones, se desconcertaban todos los cálculos políticos, militares y financieros del Imperio de Maximiliano, obligado á consumirse en pie y se hería á la vez el lustre de la bandera francesa, constituida en blanco de provocaciones disfrazadas y de eventualidades imprevisas. La guerra no estaba aplazada sino latente, á pesar de las declaraciones hechas en París por el representante de los Estados Unidos, dando las más tranquilizadoras seguridades respecto de las instrucciones que tenía del gobierno federal.

Este tomo tercero termina con un drama, resumen de tanto desprecio, de tanta injusticia, de tanto atropello cometido por la Europa Occidental contra México, drama sangriento que para los imperialistas fué el terror, la confusión y el fin de muchas ilusiones, de vastos proyectos y de la grande confianza que tenían en que el poder de Napoleón III calificado de omnipotente, sería bastante para que triunfara la idea que dominó en el plan de Iguala.

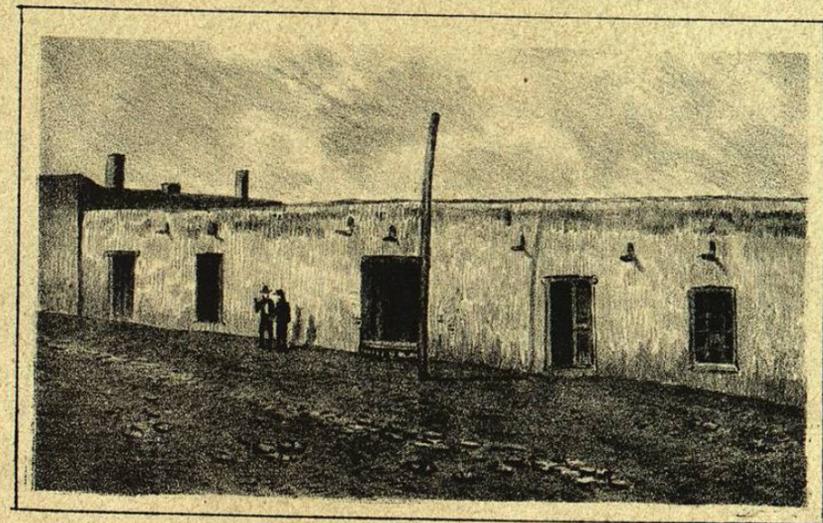
Querétaro.



Convento de las Capuchinas.

Allí se estableció la segunda prisión del Príncipe Maximiliano, desde el 22 de Mayo de 1867, de la cual salió para ser fusilado.

Paso del Norte.



Casa que habitó el Presidente D. Benito Juárez en la Villa de Paso del Norte.

Don Venos se vió obligado á refugiarse el jefe del partido republicano en aquella lejana población fronteriza, empujando la bandera nacional, con la que se opuso á la intervención y al Imperio de Maximiliano de Hapsburgo.